

La casa estaba en Santa Mónica, en una calle transversal a las grandes avenidas. El ruido de la carretera de la costa y, un tanto más difuso, el del mar, llegaban hasta ella. Era el tipo de calle de la que tiempo atrás sus habitantes se sentían orgullosos, pero que en los últimos años había perdido toda pretensión. Las casas tenían demasiados pisos por edificio, pocas ventanas, la pintura decrépita. Su historia se adivinaba fácilmente: eran residencias particulares divididas en pisos y apartamentos con solo lo imprescindible, o convertidas en residencias para turistas. Hasta las palmeras que bordeaban la calle parecían haber conocido días mejores y estaban empezando a quedarse calvas.

Aparqué frente al número que me habían dado y me incliné en el asiento para echar un vistazo a la casa. Los números (1348) eran de metal herrumbrado y estaban clavados en diagonal sobre una de las columnas de la entrada. Arriba, un letrero impreso, negro sobre blanco, ofrecía HABITACIONES PARA TURISTAS. En el porche, que ocupaba todo el ancho de la casa, había varias sillas de mimbre y una hamaca verde desteñida. La terraza del segundo piso tenía más muebles de mimbre y estaba cercada por una baranda de madera en un estado precario. El tercer piso tenía en cada ángulo unas torres de aspecto gótico y una muralla almenada vencida por el tiempo, que los años habían tornado ridícula. En los tres pisos las persianas estaban bajadas, de modo que las ventanas me miraron con ojos de sueño.

No parecía la casa de alguien dispuesto a pagar, ni ahora ni en el futuro. Aun así entré porque la voz de la mujer al teléfono me había gustado.

Cuando llamé salió apresuradamente a la puerta. Una mujer alta, de cincuenta y pico años, ojos oscuros, vagos y angustiados, enmarcados en una cara larga también angustiada, un vestido de crepé negro sobre un cuerpo grueso y encorsetado. Un detective era un acontecimiento en su vida. Tenía el pelo gris acerado, peinado con unas ondas muy marcadas que dejaban entrever el uso de una plancha para rizar el cabello, y la nariz, las mejillas y el mentón se mantenían firmes gracias a la ayuda del maquillaje. La luz llegaba a través del vidrio morado del abanico que había encima de la puerta y le daba a su tez un tono lívido.

Lo mejor que tenía la mujer era la voz, suave y cuidadosamente modulada, de timbre bajo:

—Soy la señora Lawrence. Usted es el señor Archer ¿verdad? Ha llegado rapidísimo.

—El tránsito no está tan mal entre las nueve y las diez.

—Entre, señor Archer. Le prepararé una taza de té. Yo también estaba tomando un tentempié. Como hago yo sola todo el trabajo, necesito comer algo entre horas para mantenerme en pie.

Entré, y la puerta con su tela metálica giró lánguidamente detrás de mí. El vestíbulo está fresco y silencioso y olía a encerado. El suelo era de parquet ya viejo y los dibujos brillaban como alhajas de tan lustrados. Una escalera alfombrada trepaba hacia el techo alto y oscuro. Al pie de la escalera había un perchero antiguo de roble con soportes de bronce. El contraste con el tránsito contra el cual había estado luchando me produjo una sensación extraña, como si hubiese retrocedido en el tiempo, o hubiese escapado enteramente de él. Me condujo hasta una puerta abierta, al fondo.

—Este es mi salón particular, pase usted. La sala de la parte delantera la reservo para los huéspedes, aunque debo decir que últimamente no ha sido muy usada. Estamos fuera de temporada,

y en este momento solo tengo tres huéspedes, uno fijo y una pareja joven encantadora, de Oregón, que está de luna de miel. Ojalá Galley se hubiera casado con un hombre así... pero siéntese señor Archer.

Tomó una silla que estaba junto a un pesado escritorio y la arrastró hasta el centro de la habitación. El cuarto era pequeño, y estaba tan atestado de mesitas, sillas, banquetas y estanterías para libros como una tienda de muebles usados. Las superficies horizontales estaban todas cubiertas por adornos varios, caracoles, fotografías enmarcadas, floreros, alfileteros y muñequitas. La buena señora había arrastrado consigo muchas cosas en su caída. La sensación de estar adentrándose en el pasado se estaba agudizando demasiado para que me sintiera cómodo. El brazo del sillón se cerraba sobre mí como una mano.

Agarré al presente por el rabo y lo arrastré hasta la habitación:  
—Galley —dije—. ¿Es la hija de la cual me ha hablado?

La pregunta la hirió como una acusación, quebrando su encanto. No le gustaba nada el presente. Le hacía frente porque era necesario, con un rostro nublado por el azoramiento y la vergüenza.

—Sí. Mi hija Galatea. Por eso lo llamé, como ya le dije. —Su mirada se desvió y se posó sobre la tetera sobre la mesa—. Permítame que le sirva un poco de té antes de empezar a hablar de negocios. Está recién hecho.

La mano con que tomó la tetera estaba agrietada y áspera a fuerza de fregar, pero servía el té con elegancia. Le dije que lo tomaba sin nada. Sabía a una oscuridad proveniente del pasado. Junto con el té, se me presentó mi abuela, vestida de luto, con sedas negras y quebradizas, y tuve que mirar por la ventana para que se desvaneciera. Desde donde me hallaba veía el muelle de Santa Mónica, y más allá el mar y el cielo, que parecían dos mitades curvas de un huevo de Pascua azul.

—Tiene una bonita vista desde aquí.  
Sonrió por encima de la taza de té.

—Sí. Compré la casa por las vistas. En realidad, no debería decir que la he comprado. Después de todo, está hipotecada.

Terminé el té y coloqué la delicada taza blanca sobre el no menos delicado plato blanco.

—Bueno, señora Lawrence, veamos. ¿Que le ha ocurrido a su hija?

—No lo sé —dijo—. Eso es lo que tanto me inquieta. Simplemente, desapareció hace un par de meses...

—¿De aquí?

—No, de aquí no. Galley no ha vivido en casa estos últimos años, aunque siempre venía a visitarme al menos una vez por mes. Estaba trabajando en Pacific Point, como enfermera del hospital local. Siempre esperé algo mejor para Galley; mi marido, el doctor Lawrence, era médico, y muy respetado... pero ella quiso ser enfermera y parecía muy contenta con su trabajo...

De nuevo se estaba apartando de la realidad presente.

—¿Cuándo desapareció?

—El pasado diciembre, pocos días antes de Navidad. —Estábamos a mediados de marzo, de modo que hacía unos tres meses—. Galley *siempre* venía a casa para Navidad. Nunca dejamos de adornar el árbol. La pasada fue la primera Navidad que estuve sola. Hasta la tarjeta que me mandó llegó con un día de retraso.

Su mirada vaga se llenó de autoconmiseración.

—Si ha sabido de ella, yo no diría que ha desaparecido. ¿Podría ver la tarjeta?

—Desde luego. —Tomó de la estantería un volumen de Swendenborg encuadernado en piel negra, lo abrió y sacó un sobre cuadrado, grande, que me alargó como si encerrara un cheque—. Pero *ha desaparecido*, señor Archer. No la veo desde principios de diciembre. Ninguno de sus amigos la ha visto desde principios de año.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro. El mes que viene, el nueve de abril, cumplirá veinticinco, si vive aún.



Inclinó la cabeza entre las manos; había comenzado a llorar.

—Probablemente los cumpla muy felices —dije—. Una enfermera diplomada de veinticinco años puede cuidarse sola.

—Usted no conoce a Galley —dijo la voz húmeda proveniente del rostro oculto—. Siempre ha fascinado tanto a los hombres, y jamás ha comprendido lo perversos que pueden ser. He tratado de hacer caso omiso de su error, pero de nada me vale. Pienso siempre en la Dalia Negra, en todas las muchachas que han sido seducidas y destruidas por hombres malos.

El ancho anillo de oro de matrimonio de la mano que cubría su cara centelleó moderadamente como una esperanza desesperada. Saqué la tarjeta, grande y cara, con un paisaje nevado brillante. En la parte interior decía:

Aunque mi barco ha abandonado el puerto  
En medio del ancho mar de la vida  
Pienso con alegría en mi madre querida  
Cada feliz Navidad.

Con tinta verde, y con letra firme y apasionada, decía: «Con todo mi cariño, Galley». El sobre tenía un matasellos de San Francisco el día 24 de diciembre.

—¿Su hija tiene amigos en San Francisco?

—Que yo sepa, no. —La mujer descubrió su cara, donde las lágrimas habían dejado unos surcos sobre el maquillaje. Se sonó discretamente la nariz con un pañuelo de papel rosado—. Estos últimos años, desde que se diplomó, yo no conocía realmente a sus amigos.

—¿Cree usted que puede estar en San Francisco?

—No lo sé. Volvió de allí, ¿sabe? No a casa, pero el hombre que administra los apartamentos, un tal señor Raisch, la vio. Galley tenía un pequeño apartamento amueblado en Pacific Point, y hacia finales de diciembre apareció por allí y se marchó llevándose todas sus cosas. Estaba con un hombre.



—¿Qué clase de hombre?

—El señor Raisch no me lo dijo. Parecía haber algo raro respecto a ese hombre, algo siniestro.

—¿Se trata de un hecho o de una impresión suya?

—Una impresión mía. Imagino que últimamente soy demasiado impresionable. No puedo decirle lo que ha sido mi vida estas últimas semanas. He ido en autobús hasta Pacific Point media docena de veces, cada vez que podía. He hablado con las enfermeras que la conocían en el hospital. No ha estado por allí desde antes de Navidad, cuando atendió a su último enfermo. Era un hombre llamado Speed a quien le habían disparado en el estómago. La policía fue a interrogarlo, y por poco muere. La gente del hospital cree que ese tal Speed era un gángster. Esa es una de las cosas que me espantan. Casi no he dormido durante semanas. —Sus profundas ojeras azuladas se veían feas y lastimosas a la luz de la mañana que entraba por la ventana.

—Sin embargo —dije—, en realidad no hay nada concreto que pueda causarle temor.

—Mi única hija se ha ido.

—Las chicas se marchan de casa con frecuencia. Destrozan el corazón de su madre, pero ellas no lo saben. No lo descubren hasta que sus propios hijos crecen y se lo hacen a ellas. Su hija probablemente se ha marchado y se ha casado con el hombre que estuvo con ella en el apartamento.

—Eso creía el señor Raisch. Pero Galley no se habría casado sin avisarme. Además, he revisado los registros de Pacific Point, y también los de Los Ángeles, y el matrimonio no consta.

—Lo cual no prueba nada. Se puede volar a Nueva York o a Hawai en el mismo día. —Tomé un cigarrillo del paquete que tenía en el bolsillo y automáticamente le pregunté—: ¿Le molesta si fumo?

Su rostro se inmovilizó, como si hubiese insinuado una obsenidad.

—Fume si no tiene más remedio. Sé que el hábito de la nicotina domina a sus víctimas. El doctor Lawrence fumó durante años, hasta que por último se liberó, gracias a Dios.

Volví a colocar el cigarrillo en el paquete y me levanté para irme. Ni por un millón de dólares habría sido el tipo de mujer para quien hubiese querido trabajar. Y además, probablemente no tenía dinero. En cuanto a la hija, lo más seguro era que hubiese decidido vivir su vida. Se lo dije menos bruscamente:

—Creo que debería recurrir a la oficina de Personas Desaparecidas, señora Lawrence. No tiene por qué preocuparse, pero, en caso contrario, ellos podrán ayudarla más que yo. Contratarme a mí sería malgastar su dinero. Cobro cincuenta dólares por día, más los gastos. La policía hace todo eso gratis.

Su respuesta me sorprendió:

—Pienso pagarle bien. Y no recurriré a la policía.

—¿Por qué no? Las hijas desaparecidas son su especialidad. Hay toda una organización dedicada a encontrarlas.

Las líneas inflexibles de su rostro huesudo se acentuaron, y ya no tenía una mirada vaga.

—Si Galley está viviendo en pecado con algún hombre, no es asunto de nadie, solo mío.

—¿No está precipitándose en sus conclusiones?

—Le digo que no conoce a Galley. Desde la época del colegio los hombres andan tras ella como moscas tras la miel. Es una muchacha buena, señor Archer, sé que lo es. Pero yo también era bonita cuando era joven, y pude comprobar las trampas que tienen de la carne. Quiero saber qué le ha ocurrido a mi hija.

De pie junto a la mesa, encendí un cigarrillo y arrojé el fósforo en la bandeja del té. No dijo ni una palabra. Después de un tenso momento de silencio se incorporó en la silla y tomó una fotografía enmarcada que estaba sobre la estantería.

—Mírela y comprenderá lo que quiero decir.

Cogí la fotografía que me ofrecía. La operación tenía algo de

dudoso, era como si me estuviese ofreciendo la belleza de su hija como pago parcial por mis servicios. O quizá solo era una impresión mía. Otra muy diferente fue la que me produjo la cara de la fotografía. Era firme y apasionada como su escritura. Incluso con su gorrito de enfermera y el cuello cerrado y casto, bastaba verla una vez para no olvidarla jamás.

—Es la fotografía del día que se graduó, tomada hace tres años, pero todavía está exactamente igual. ¿No es bonita?

Bonita no era la palabra. Con esos labios intensos y carnosos, los ojos negros y los rasgos perfectamente dibujados debía de haber sobresalido entre sus condiscípulas como un pichón de halcón en una bandada de pollitos.

—Si quiere gastar cincuenta dólares —dije—, iré hoy hasta Pacific Point y veré qué puedo averiguar. Anóteme la última dirección de su hija y el nombre de las personas con quien habló en el hospital.

Con la cautela de un faisán hembra que vuelve a su nido, se dirigió hasta la anticuada máquina de coser junto a la ventana, levantó la tapa y sacó una cartera gastada y negra que tenía allí escondida. Abrió el envejecido cierre, revolvió y contó cinco desgastados billetes de diez, que puso sobre la mesa.

Al arrojar las cenizas en la taza de té vacía me fijé en la posición de las hojas. Mi abuela habría dicho que significaban dinero y una persona morena y desconocida. Esa persona podría haber sido mujer o varón, vertical u horizontal, según se mirara el fondo de la taza.